

Â para Mon,  
que esa tu mirada nunca deje de verme. VendrÃ¡; la muerte y tendrÃ¡; tus ojos.  
Cesare Pavese

Â

Primero fueron los ojos

Aunque ella dijera que no.  
Que nunca hubo esa mirada que, sin embargo,  
permanece tan real en mÃ- como si la estuviera viendo ahora.

Al igual que esas cabezas que flotan como boyas en el espejo negro del mar;  
y que ella dice que no son cabezas.  
Que son cocos, sombras, que cÃ³mo van a ser cabezas.

Aunque yo las puedo ver: tan reales y no, como tÃ°.  
Pues dices que esa vez no me miraste,  
y que pronto te vas a ir.

Anochece.

Y en ese mechÃ³n de luz moribunda, colgado entre el mar y el cielo como entre la vida y la muerte, flotan esas cabezas  
que no son cabezas.  
SegÃ³n ella.

Pero sus ojos estÃ¡n allÃ-.  
Los veo.  
Sus ojos que agujerean la noche como si tambiÃ©n fueran de atardecer, y que, al igual que Ã©ste, pronto desaparecerÃ¡n.

Me voy a ir.

No sÃ© si es ella que estÃ¡ pronunciando esas palabras, o la luz bermeja que, a cada minuto, se va tornando sombra.

Â¿DesaparecerÃ¡n tambiÃ©n estas cabezas?  
Â¿Y ella?

Â

DespuÃ©s fue la boca

Dos lÃ-neas encarnadas como lo pueden ser sÃ³lo algunos crepÃ³sculos del trÃ³pico.  
E igual de portadoras de misterios. De palabras dichas y no dichas.  
De palabras nonatas.

Porque esa noche estÃ¡ segura que tampoco dijo nada,  
pero yo me acuerdo que me estuvo hablando al oÃ-do, tan de cerca como le permitÃ-a  
lo lejos que estaba. Estaba.

Pronto me voy a ir.

Volteo y parece que es una de esas cabezas que me lo estÃ¡ diciendo.  
Si no son cabezas.  
Que son cocos. EstÃ¡s loco.

Ahora es ella la que habla.

Si bien la curva de sus labios podrÃ-a confundirse con la de las olas, hÃ³medas y tercas, ya casi invisibles, si no fuera por  
esas cabezas que no son cabezas y que, no obstante, se mecen en el horizonte delgado como si estuvieran prendidas

---

de una última y agonizante raya de día.

Porque el mechón de luz se está haciendo más pequeño, morocho, tiéndose cada vez más de lejano.

Y allí, puedo oír las bocas mudas.

Mudas de promesas y llenas de adiós.

Es que ya me voy a ir.

Si tus ojos lo que dicen es lo contrario...

Bocas que besan y muerden, esconden y hieren,

en el mejor de los casos,

cuentan.

Y aunque tú no lo creas, lo que cuentan aquí es que ciertos días del año, cuando el cielo está nublado y el oleaje tranquilo, aparecen cabezas flotando.

Que es algo normal, lo mismo que en algunas playas al atardecer brotan los jejenes o, en otras, el plancton llena de estrellas las olas y las huellas de los caminantes en la arena.

Estrellas.

Ojos que se asoman a la eternidad.

Oscurece.